

príncipe de Aragón y rey de Sicilia; y aunque su hermano Enrique quiso estorbarlo, nada consiguió, porque ayudada Isabel del arzobispo de Toledo, del almirante don Fadrique y sobre todo de su sagaz política, arregló las cosas de manera que sin que lo supiera el rey y con la mayor cautela llegó Fernando á Valladolid acompañado de varios señores de Castilla y de Aragón, verificándose la boda el 19 de octubre del año de 1469. Grande enojo causó á Enrique el matrimonio clandestino de su hermana, y despedido renovó la herencia á doña Juana, su hija, anulando lo que había declarado en favor de doña Isabel, y dando lugar con su conducta á la discordia que se suscitó en Valladolid entre cristianos nuevos y viejos. Apesar de las instancias que hizo la princesa para reconciliarse con su hermano, lejos de acceder á ellas, llevó su empeño hasta el punto de querer echar fuera del reino á Isabel y á Fernando, despreciando los sanos consejos del arzobispo de Sevilla, que le hacía ver la conveniencia de un arreglo amistoso antes que apelar al recurso de las armas. No arredraron á la animosa Isabel tantos y tan grandes obstáculos; antes bien aguijoneada por el deseo de una pronta avenencia, resolvió presentarse á su hermano, creyendo que de este modo le sería más fácil zanjar cualquiera dificultad que se opusiera á su noble proyecto. Logró en efecto ver al rey, y á pesar de la prudencia y circunspección con que espuso sus quejas y sus deseos, Enrique continuó obstinado en su enojo y en su resentimiento. Mantúvose, no obstante, Isabel en Segovia, hasta que muerta Enrique en 1474, fué proclamada solemnemente por los segovianos, en 15 de diciembre del mismo año. Hallábase á la sazón en Aragón el príncipe Fernando, y apenas supo la proclamación de su esposa, vino á juntarse con ella, estableciendo para el gobierno del reino, según dice Flores, las bases siguientes: que así el rey como la reina, sonasen juntos en despachos, pregones, monedas, sellos, etc., primero el nombre del rey, y luego el de la reina; pero que en el blason ó escudos de armas precediesen las de Castilla á las de Aragón y Sicilia; que los homenajes de las fortalezas se hicieran á la reina; las presentaciones de obispos, etc., en nombre de los dos, á voluntad de la reina; los corregimientos los proveyese el rey con facultad de la reina. La justicia se administrase en nombre de los dos cuando estuviesen juntos; y cuando en diversas partes, el que

quedase con el consejo formado, y sobre las rentas también se estableció el modo de distribuir las. Aunque en la biografía de Fernando el Católico hemos hablado ya con bastante extensión; sin embargo, como no es posible separar los actos de estos dos reyes, tenemos que recordar algunos de los hechos de Fernando. El primer cuidado de los reyes Católicos al ceñirse la corona fué corregir los muchos abusos que las discordias civiles habían introducido en sus estados; horribles atentados se cometían á la sombra de la impunidad; la seguridad individual se hallaba á merced de los bandoleros que infestaban los caminos; la industria yacía en el mayor abandono por falta de protección; la guerra había talado los campos; los príncipes habían perdido sus estados por su mucha prodigalidad, y los pueblos estaban agobiados bajo el peso de insostenibles tributos. Cuadro tan desconsolador hubiera arreado seguramente á cualquiera otro monarca que no hubiese contado con el temple de alma, con la constancia y con el tison que concurrían en don Fernando y doña Isabel. Esta gobernaba por su parte con un espíritu varonil y con una prudencia cual debía esperarse de sus buenas circunstancias, así que apenas fué proclamada en Segovia, confirmó á la ciudad sus privilegios y procuró atraer con amabilidad y dulzura pero sin desdoro; á todos aquellos que no eran adictos á su persona, entre los cuales se citan como sus más poderosos enemigos el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo. Rotas las hostilidades con el vecino reino de Portugal, en ocasión en que el reino estaba exhausto de dinero, marchó Isabel á Segovia, echó mano del tesoro de su hermano que se hallaba en aquella ciudad, y mandó acuñar moneda. No contenta con enviar estos recursos pecuniarios á su esposo, que se hallaba empeñado en la lucha con Portugal, recogió cuantos soldados había en tierra de Valladolid y se fué con ellos á Palencia. En seguida pasó á poner en defensa el castillo de Burgos, en cuyo intermedio supo que el rey de Portugal venía con un grueso ejército á marchas forzadas para reunirse con su padre en Toro, así es que marchó apresuradamente hacia Tordesillas y allí supo la victoria del rey contra los portugueses ganada entre Toro y Zamora en 1476, con lo cual se concluyó la guerra, logrando además con su hábil política que todos los partidarios de doña Juana, inclusa la muger de Villena la reconocieran como reina de Castilla. Imposible es seguir paso á paso á esta ilustre heroína en el glorioso camino

de sus triunfos. Baste decir que su sola presencia desvaneció completamente una conspiración fraguada en el Alcázar de Segovia. Desde allí vuela á Toledo, y no tarda en rescatar la ciudad del poder del duque de Marlborough, que la tenía por el rey de Portugal. Temiéndose después graves desgracias en Valladolid, con motivo de la elección de maestre de Santiago, que había de reemplazar al conde de Paredes, Isabel marcha inmediatamente hacia aquel parage, se apodera de la ciudad, conquista los ánimos de los caballeros, y logra de este modo que reciban al rey por administrador de aquella orden. Sabiendo que los portugueses hacían mucho daño en Estremadura, se dirige á Trujillo, que estaba bajo la tenencia de Villena y que servía de escudo al rey de Portugal para sus correrías, pone cerco á la ciudad, y en pocos instantes logra rendirla. La Andalucía entre tanto reclamaba imperiosamente su presencia, pues los bandos de los Guzmanes y Ponces de Leon acrecentaban de día en día sus estados y se hacían más imponentes con el auxilio de los reyes de Granada y Portugal. Marcha, pues, hacia Sevilla, recibiendo los sevillanos con las mayores demostraciones de júbilo, y no tarda en restablecer el orden y la tranquilidad en aquel país. Fernando pasó entonces á Sevilla, donde celebró el triunfo de su muger, y luego se volvió á Madrid para arreglar las disensiones del arzobispo de Toledo. Continuaba aun Isabel en la ciudad de Sevilla cuando en 30 de junio de 1478 dió á luz un príncipe que se llamó don Juan, colmando así de placer á sus fieles vasallos. Volviéronse á renovar las competencias de Portugal; pero Isabel supo terminárselas pronto con su habitual política, firmando una paz ventajosa y duradera. A principios de 1479 se unieron con Castilla los reinos de Aragón y todas sus dependencias; arreglados, pues, los asuntos de Castilla, pasaron los reyes Católicos á Aragón para atender al mejoramiento de aquellos nuevos estados que de derecho habían tocado á don Fernando: Isabel salió después de su marido, llevándose consigo al infante don Juan para hacerle jurar heredero de Aragón, como lo habían jurado en las cortes de Toledo. Después de haber recorrido los dos esposos todos los estados de don Fernando, pasó este á las cortes de Barcelona, dejando á la reina por su lugar teniente en las de Zaragoza, y en 15 de julio salió Isabel para Barcelona, donde fué recibida con la mayor pompa, pasando desde allí á Valencia siendo jurado en todas partes príncipe

heredero el hijo de Isabel. En 1481 se estableció en Sevilla el tribunal de la inquisición, más que por los deseos de Isabel, por instigación de su confesor Fr. Tomás Torquemada, quien fué nombrado primer inquisidor general. Otra empresa colosal estaba reservada á Isabel para acabar de hacer glorioso su reinado, y era esta la conquista de Granada. Reiteradas veces aconsejada por Fr. Hernando de Talavera, barón insigne en virtudes y confesor de la reina. Determináronse al fin los reyes Católicos á dirigir sus armas contra los moros, aprontaron gente, eligieron capitanes valientes y aguerridos, pusieron en pie de guerra un ejército poderoso, y vióse á la misma Isabel participar de las fatigas del soldado, siendo de advertir que estas fatigas recaían poco después de haber dado á luz en Córdoba en 1482 á la infanta doña María, que luego fué reina de Portugal. Finalmente cayeron en poder de los reyes Católicos una tras otra las plazas de Illora, Alhama, Málaga, Baeza, Almería, Guadix, Velez-Málaga y otras, de suerte que en siete campañas llegaron á tocar los muros de Granada, cuyo sitio empezaron en 26 de abril del año 1491, y acabaron felizmente con su entrada pública en la plaza el día 4 del siguiente enero, feñeciendo así el poder mahometano que por espacio de 776 años había esclavizado á la España. Reservado estaba también á la reina Isabel proteger la arriesgada empresa de Colon, al cual proporcionó embarcaciones, gente, dinero y todo lo necesario para verificar felizmente su expedición, colmándole además á su regreso de gracias y honores, y declarándole Fernando almirante del Nuevo-Mundo, ennobleciéndole y dándole por armas un mar de plata en campo azul, cinco islas de oro y el globo de la tierra por cimera. Sin embargo, en medio de tanta gloria que acompañó siempre á los reyes Católicos, su felicidad fué alterada por grandes pesares domésticos, pues no solamente perdieron á su hijo don Juan, príncipe de Asturias, y á su hija doña María, reina de Portugal, sino que también tuvieron el sentimiento de presenciar la locura de su otra hija doña Juana, archiduquesa de Austria. Murió Isabel de dolor en 1504 en Medina del Campo, después de haber declarado á Juana la Loca heredera de sus estados en Castilla, juntamente con el archiduque Felipe, su esposo.

ISABEL LA CATOLICA (REAL ORDEN DE): el rey don Fernando VII creó esta real orden en 24 de marzo de 1815 para premiar á los españoles que hubiesen prestado eminentes servicios

en los dominios americanos, y por esta causa se dió á la condecoración el nombre de Isabel la Católica, en memoria de la ilustre promotora del descubrimiento del Nuevo Mundo. Se confiere esta condecoración indistintamente á los militares y á los paisanos, y su distintivo es una cinta blanca con dos fajas de oro poco distantes de los cantos. Hay caballeros, comendadores y grandes cruces. Los caballeros llevan la cruz en el ojal de la casaca, los comendadores pendiente del cuello, y los grandes cruces llevan la placa de la orden. La cruz es de oro y de cuatro brazos iguales con puntas de esmalte rojo, orlas de oro y ráfagas del mismo metal en los ángulos. Pende de una corona olímpica y en el centro tiene un medallón ó escudo de esmalte blanco. En el anverso las columnas de Hércules con el mote «Plus ultra» y los dos mundos entrelazados con una cinta, cubiertos con la corona imperial, y despidiendo rayos de luz en todas direcciones. Al rededor del escudo el lema «A la lealtad acrisolada» y por el reverso «Por Isabel la Católica» al rededor de la cifra de Fernando VII en campo azul. La placa tiene estas mismas inscripciones y es también de forma de cruz; pero los brazos son de escamas de oro y en los ángulos ráfagas de lo mismo. El medallón del centro es el mismo del anverso de la cruz, aunque rodeado de laurel y de una faja de esmalte blanco. En la parte superior de la placa está la cifra del augusto fundador.

ISABEL DE ARAGON: reina de Francia, hija de Jaime I el Conquistador, rey de Aragón: nació en 1246. Casó en 28 de mayo de 1262 con Felipe III, llamado el Animoso, rey de Francia, y se hizo muy amada de sus vasallos, no obstante tan corta edad, por sus virtudes sublimes. Acompañó á su esposo en 1270 en su viaje á la Tierra Santa; y al regresar á sus estados, sufrió una caída del caballo en Cosenza (Calabria), y murió de sus resultas el 28 de enero de 1271 á los 24 años de edad. Su pérdida fué muy sentida por todos sus súbditos.

ISABEL DE ARAGON: duquesa de Milan: era hija de Alfonso, duque de Calabria, y se hizo célebre primero por sus desgracias, y después por su mala conducta. En 1489 casó con Juan Galeazzo Sforzia, duque de Milan: Luis Sforzia, su tío, había solicitado también su mano; pero viéndose despreciado, se dedicó exclusivamente á perseguirla y á hacerla infeliz. Parece que consiguió su objeto, porque los escritores antiguos aseguran que Isabel, durante muchos años,

fué la princesa más desgraciada de su época. Hacia el fin de sus días, la duquesa de Milan hizo un viaje á Roma, y allí perdió completamente todas las consideraciones á que sus infortunios anteriores la habían dado derecho: se deshonró escandalosamente, sosteniendo relaciones vergonzosas con Próspero Colonna, y fué de todos despreciada. Esta princesa murió en el año 1524.

ISABEL DE ARAGON Y DE CASTILLA: hija de los reyes Católicos de España don Fernando y doña Isabel, y reina de Portugal. Nació en Dueñas, cerca de Palencia, en 1.º de octubre de 1470, y fué jurada princesa de Asturias por las cortes reunidas en Madrigal en 1476, para en el caso de faltar á sus padres sucesión varonil. Casó con el príncipe don Alfonso, hijo primogénito del rey de Portugal, don Juan II, verificándose los desposorios en Sevilla con la mayor pompa el 18 de abril de 1490. Las fiestas que con este motivo se celebraron fueron tan brillantes, que hasta el mismo rey, según dice el P. Florez, mantuvo por sí una justa y quebró por sí muchas varas. Concluidas estas los embajadores de Portugal condujeron á doña Isabel á Estremoz, donde se celebraron las bodas con el príncipe, y en Evora hubo nuevos y magníficos festejos. Poco tiempo disfrutó doña Isabel de la amable compañía de su esposo; pues á los ocho meses de su enlace dió don Alfonso una caída mortal de su caballo y falleció á las pocas horas. Doña Isabel, llena del mayor desconsuelo, volvió á Castilla al lado de sus padres el año 1491. Cuatro años después ascendió al trono de Portugal don Manuel, llamado el Grande, por muerte de don Juan, quien conociendo las relevantes prendas de doña Isabel, pidió su mano y la obtuvo, cuyo suceso llenó de alegría á los portugueses. Ambos esposos vinieron el año 1498 á Toledo, donde fueron jurados príncipes de Asturias, por fallecimiento del príncipe don Juan, ocurrido en 1497, y en el mismo año, murió doña Isabel de sobrepardo. Fué sepultada en el convento de Santa Isabel de Toledo; y su hijo, llamado don Miguel, que fué reconocido como heredero de sus derechos al trono de Castilla y de Aragón, siguió á su madre al sepulcro, antes de cumplir los dos años.

ISABEL: princesa palatina, hija del rey de Bohemia Federico V y de la precedente: nació en 1618, mostró desde muy joven su afición decidida á las ciencias, y recibió en Leida las lecciones del célebre Descartes. El temor de verse distraída de sus estu-

dios favoritos, la movió á rehusar la mano del rey de Polonia, Vladislao IV. Retirada á Alemania, obtuvo la abadía luterana de Hervorden, donde murió en 1680. Descartes en la dedicatoria, de sus «Principios de Filosofía» dice de esta princesa que es la única persona que ha comprendido perfectamente sus obras.

ISABEL-PETROWNA: emperatriz de Rusia, hija de Pedro el Grande, nació en 1709, subió al trono en 1741, á consecuencia de una revolución que derrocó de él al joven Czar Iwan, y que fué en parte tramada y dirigida por el conde de Lestocq. Los partidarios de Iwan fueron los unos desterrados y los otros encerrados en calabozos, pero á ninguno se le quitó la vida; porque Isabel no quiso que en su reinado fuese castigado ninguno de sus súbditos con la pena capital, así es que los rusos la dieron el sobrenombre de Clemente. Rechazó á los suecos y los obligó en 1745 á concluir un tratado que les quitó parte de la Finlandia. En la misma época desbarató una conspiración que se tramaba contra ella, y que dirigían principalmente el marqués de Botta, señor húngaro, Lapoukin y su esposa. En 1756, con motivo de la sucesión del emperador Carlos VI, se declaró contra el rey de Prusia el gran Federico. Después de algunos combates poco decisivos, sus tropas mandadas entonces por Soltikof, ganaron á Federico una memorable victoria en Kunersdorf en 1759. A esta batalla siguieron algunos otros triunfos; pero la muerte impidió á Isabel sacar de ellos todo el fruto que se prometía. Esta princesa murió en 1761, dejando por sucesor á Pedro III. Los defectos que se achacan á Isabel son el haberse entregado á una vida voluptuosa, haber alimentado amores desordenados, y haber tenido multitud de amantes y no haber querido nunca abrazar el estado del matrimonio. Fué favorito suyo y principal ministro Restuchef. Protegió las letras, fundó la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo y la universidad de Moscú.

ISABEL DE FRANCIA, (conocida bajo el nombre de MADAMA): hermana de Luis XVI, nació en 1764, se hizo notable por el amor entrañable que profesó á su hermano, pues no le abandonó en los momentos mas peligrosos y fué encerrada en el Temple con toda la familia real. Subió al cadalso en 1794 y sufrió el suplicio con resignación admirable.

ISABEL WOODVILLE: hija de Ricardo Woodville, casó primero con sir Jonh Gray de Groby, partidario

de la casa de Lancaster. Habiendo quedado viuda en 1461, después de la batalla de San Albans, en que fué muerto su marido, fué á reclamar sus bienes á Eduardo IV, que al ceñir la corona en sus sienes acababa de hacer triunfar al partido de York, y apenas la vió el rey se enamoró de ella y la hizo su esposa; pero este matrimonio, desaprobado por Warwick, prolongó la guerra civil. Isabel tuvo de Eduardo dos hijos; pero después de la muerte de su padre, fueron inhumanamente arrancados de los brazos de su madre y asesinados por orden del duque de Gloucester (Ricardo III). La desgraciada Isabel fué acusada tarde de conspiración contra el rey Enrique VII y encerrada en 1486 en un monasterio, donde acabó sus días.

ISABEL DE BORBON: reina de España: era hija de Enrique IV de Francia y de Maria de Médicis, que la dió á luz en Fontainebleau el 22 de noviembre de 1605. Enrique IV la prometió como esposa al príncipe del Piemonte á los pocos meses de su nacimiento; pero muerto aquel monarca, Maria de Médicis contrató con don Felipe III un doble enlace, segun el cual Ana Mauricia de Austria casó con Luis XIII, é Isabel de Borbon con el príncipe de Asturias, don Felipe, que después reinó con el nombre de Felipe IV. Como estos príncipes no habían llegado á la edad nubil, el matrimonio no se consumó hasta el 25 de noviembre de 1620. En 31 de marzo del siguiente año murió don Felipe III, y de consiguiente entraron á reinar los príncipes. Isabel de Borbon era hermosa, instruida, amable, generosa, estaba en fin adornada con todas las cualidades propias para cautivar el amor y la confianza de su esposo: nunca la faltó este á las consideraciones debidas, como suponen los biógrafos franceses; pero causaba á Isabel un mortal disgusto el total abandono en que dejaba los negocios del reino, por la ilimitada confianza que había depositado en el conde-duque de Olivares. Conocía bien todas las consecuencias de aquel descuido y lamentaba el estado á que el primer ministro iba reduciendo el poder de España, poco antes tan formidable. Llegó el año de 1640: perdimos el Portugal; estábamos en guerra con la Francia; la Cataluña se hallaba en abierta insurrección, y había motivos para creer que en otras provincias se rebelasen así mismo sus habitantes: la España en fin caminaba rápidamente á su ruina bajo la malhadada dirección del conde-duque. La reina no pudo sufrir mas, y un día, tomando de la mano á su

hijo de tierna edad, el príncipe don Carlos, entró en la cámara de don Felipe y le dijo con energía: «He aquí nuestro hijo único: está amenazado de llegar á ser el caballero mas pobre de la Europa, señor, si no apartais de vos al ministro que ha puesto la monarquía al borde de su ruina.» Olivares fué en efecto destruido, y aquel primer golpe de influencia de la reina hizo que los españoles le amasen mucho mas. Contribuyó tambien eficazmente á levantar el ejército de 50,000 hombres, con el cual pudo contenerse la decadencia absoluta de esta desgraciada nacion: doña Isabel enfermó de una erisipela maligna, y murió en Madrid el día 6 de octubre de 1644, á los 41 años de edad y 23 de reinado. El sentimiento fué tan grande (dice el P. Florez), que andaban por las calles de Madrid dando gritos, sin encontrar consuelo, como que cada uno perdió el que hallaba en semejante madre. El cuerpo fué llevado al Escorial, con la pompa acostumbrada, pero con dolor extraordinario. En efecto los españoles sintieron mucho la muerte de aquella reina, y no fué menor el sentimiento de Felipe IV, que comprendió demasiado tarde la incontestable superioridad de su esposa. Isabel de Borbon dejó dos hijos; el príncipe don Carlos, que la sobrevivió poco tiempo y la infanta doña Maria Teresa, que casó con el rey de Francia Luis XIV.

ISABEL DE BRAGANZA (DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA DE ASIS DE BRAGANZA Y BORBON): segunda muger de Fernando VII, rey de España; hija de Juan VI y de doña Carlota Joaquina de Borbon, reyes de Portugal: nació en Lisboa el 19 de mayo de 1797, y fué educada con todo el esmero correspondiente á su alta clase. En 1816 se contrató el doble matrimonio de esta princesa y su hermana doña Maria Francisca de Asis con el rey de España don Fernando VII y su hermano don Carlos Maria Isidro: el rey era ya viudo de doña Maria Antonia de Borbon y Lorena, hija de los reyes de Nápoles. Las infantas portuguesas fundearon en Cádiz el 4 de setiembre del mismo año, y al inmediato día se verificaron las ceremonias del desposorio, emprendiendo en seguida su viaje á Madrid, donde hicieron su entrada pública y solemne el día 28. Isabel de Braganza, sin ser absolutamente hermosa, tenia un semblante franco y amable, y demostraba en él una candidez tan infantil, tan graciosa, que cautivaba el cariño y el respeto de cuantos la veían. Esposa fiel y tierna; amante en alto grado de los españoles; protectora de las artes, de

la industria y de los hombres sábios; virtuosa y llena de piedad, sin afectación: instruida sólidamente; delectada en fin de buenas reinas, tardó bien pocos dias en ser el idolo del rey Fernando y de todos sus súbditos, sin escepcion.—Doña Isabel de Braganza hablaba perfectamente cuatro ó cinco idiomas, y poseia en alto grado las habilidades propias de su sexo. Su talento para los árdulos negocios de la política era tal, que hemos oido decir á personas bien informadas que, á pesar de sus pocos años, el rey la consultó algunas veces, y nunca tuvo por qué arrepentirse de haber adoptado sus consejos. Apasionada por las bellas artes, se dedicó con ardor á la pintura, y fué su maestro de dibujo el primer pintor de cámara don Vicente Lopez; y segun el juicio de este artista, si la muerte no la hubiera arrebatado tan tempranamente al amor de sus pueblos, habria llegado á ser muy pronto célebre como pintora. Así lo dejan tambien conocer los bellísimos dibujos de su mano que posee la Academia de San Fernando y sirven de originales en el estudio de la calle de Fuencarral. Esta afición á la mas encantadora de las bellas artes fué sin duda la causa de que Madrid debiese á doña Isabel la fundación del magnífico Museo de pinturas, envidia de las cortes extranjeras. En él se ve el retrato de esta soberana, como fundadora, teniendo en la mano un plano que indica ser el proyecto para la distribución de las salas donde los lienzos debían colocarse. Con el fin de animar á los alumnos de la misma Academia de San Fernando, repartió por su mano en 1817, los premios que aquella corporación artística había adjudicado á los jóvenes mas distinguidos. Otros establecimientos de ciencias, artes y literatura fueron tambien honrados con su alta y efectiva protección. Su caridad no conocía límites: era la verdadera madre de los huérfanos y los desvalidos: visitaba las casas de beneficencia, y en particular la Inclusa, á donde iba frecuentemente con sus damas, y no se desdenaba de emplearse algunos ratos en limpiar y empañar por sí misma á los desgraciados niños espósitos. Para proporcionar trabajo á un sin número de jornaleros que vió desocupados en varios parages públicos, ordenó doña Isabel con el beneplácito de su esposo, que se emprendiera la obra del embarcadero y adyacentes del canal de Manzanares. En 25 de abril de 1817, el ayuntamiento de Madrid regaló á la reina un terreno estenso, inmediato al portillo de embajadores: allí se edificó el Casino, que es una de las curiosidades de esta corte y en

el cual se admiran varias preciosidades debidas á la misma mano de S. M.—Doña Isabel dió á luz en 17 de agosto del indicado año, una infanta que se llamó doña Maria Isabel Luisa; y no permitió que otra muger la sirviese de nodriza: muchas veces se vió á esta buena reina en los paseos y aun en las calles, pararse y empañar tambien con sus manos á la real infanta, que murió al poco tiempo (el 9 de enero de 1818). Hizose embarazada segunda vez, y muchos dias antes de que se acercase el parto, se puso en una de las iglesias de esta corte de manifiesto al Señor Sacramentado, á donde concurrían todos sus habitantes á pedir á Dios fervorosamente que concediese á la reina un feliz alumbramiento. Llegó en fin el 28 de diciembre de 1818: doña Isabel fué acometida de un accidente que la privó de la vida á los pocos instantes. En medio de la confusión que produjo semejante desgracia (dice un escritor moderno), los facultativos de cámara hicieron lo posible por ver si podían extraer con vida la criatura que la reina llevaba en su seno, y al efecto practicaron la operación cesárea, pero inútilmente; era una niña y estaba muerta. Entonces corrieron rumores, y aun hoy dia están bastante acreditados entre gran número de personas, de que al tiempo de hacer aquella operación, la reina dió señales evidentes de que no estaba muerta, si bien falleció al momento, á causa de la incisión practicada en su vientre. Escusado será añadir que estos rumores carecen del fundamento necesario para que puedan ser referidos aquí con el carácter de autenticidad.—Apenas circuló por Madrid la infausta noticia del fallecimiento de S. M., se vió á todos sus habitantes vestirse de luto y prorumpir por las calles en lamentos: no hay en esto la menor exageración; las gentes vertían lágrimas de dolor por la prematura muerte de doña Isabel. ¿Y no es, referir este hecho notorio, innegable, tributar el mejor elogio á su memoria? ¿Espesará mas por ventura, decir que en ella perdió la España una de sus mas escelentes soberanas, las artes su protectora, los pobres su refugio, y los huérfanos y desamparados, su segunda madre?—El cuerpo de doña Maria Isabel de Braganza, descansa en el panteon de los infantes en el real monasterio del Escorial.

ISABEL II: tan enlazados están los acontecimientos de cierta época de España á la existencia de esta princesa augusta, que el presente artículo mas bien tendrá el carácter de una exacta y compendiada narración de los sucesos de la península durante el perio-

do de 47 años, que de la biografía de esta joven soberana. Nació Isabel II el día 10 de octubre del año de 1830, acontecimiento tan fausto, como ansiosamente esperado por los españoles, y el cual se anunció al pueblo madrileño por medio de una bandera blanca que se enarbó en el regio alcázar, pero acontecimiento tambien que reanimó las esperanzas de los carlistas. La última revolución francesa que estalló por este tiempo, fué causa de que todos los emigrados españoles que residían en aquel país atravesaran los Pirineos, y con ellos algunos de los gefes militares que mas se habían señalado en los pasados tiempos de vueltas populares. Uno de ellos, don Francisco Valdés, puesto á la cabeza de unos 500 hombres penetró en Navarra proclamando la libertad de España; mas con el fin de sofocar este repentino alzamiento puso en pie Guipúzcoa sus 8 batallones de tercios, y Alava, y Vizcaya se unieron tambien para atajar el intento de los sublevados. Mina que al parecer había quedado enfermo en Francia, sabedor de lo que ocurría voló desde Bayona al socorro de los suyos, y aunque las medidas que se tomaron contra los insurrectos eran fuertes y enérgicas, no dejaba sin embargo de presentarse temible la sublevación, máxime cuando entre los gefes ya citados figuraban ademas Eguia, Lopez Baños, Butron, Sancho, Mancha y algunos otros caudillos; pero la columna invasora fué completamente derrotada, y los que pudieron escapar se refugiaron de nuevo en la corte de Francia. Por Galicia, Cataluña y Aragón, aparecieron, otras partidas, que en vista del resultado que tuvieron sus escursiones no hicieron otra cosa que empeorar la causa de la libertad española. A pesar de los descabros que experimentaron volvieron los emigrados á efectuar una nueva intentona á la cabeza del general Torrijos que desembarcó en Algeciras el 28 de febrero de 1851 con solo 200 hombres; pero tuvo la desgracia de ser derrotado por los realistas, y á duras penas logro refugiarse en Gibraltar. Siguió á este gefe el caudillo liberal don Antonio Manzanares seguido de unos 150 hombres, los cuales desalentados con la perenne persecucion de los realistas fueron poco á poco desertándose y dejando á Manzanares casi en un completo aislamiento, y el resultado de esto fué haber sido sorprendido por sus enemigos con 61 de los suyos, que fueron inmediatamente fusilados, y Manzanares muerto en el acto de la sorpresa por los mismos realistas. Después ocurrió el pronunciamiento de la guarni-

ción de Cádiz y la de la Isla y dieron nuevamente el grito de libertad, mas perseguidos por todas partes, aunque se defendieron con acalorado brio, tuvieron que rendir las armas y ponerse en completa dispersion. Estos acontecimientos dieron lugar á que cuando la infanta Isabel apenas contaba un año de existencia, la España tomara de nuevo un carácter del mas insufrible despotismo. Se restablecieron las comisiones militares y volvieron las ya casi olvidadas denominaciones de negros y fracmasones, siendo ademas innumerables las víctimas que sucumbieron en los patibulos. Parecia imposible que bajo este sistema de terror hubiese un hombre que con temerario arrojo proyectase una nueva tentativa en favor de la causa liberal. El día 1.º de diciembre de 1851 se presentó Torrijos por segunda vez en las inmediaciones de Algeciras acudillando unos 50 hombres, que aunque resueltos á triunfar ó perecer, no dejaba de ser lo segundo lo mas probable, porque poco influye el heroísmo cuando se carece de los elementos que constituyen la victoria. Como era de esperar, los liberales experimentaron una perenne persecucion por parte de los realistas que mandaba Moreno, gobernador entonces de la provincia de Málaga. Los liberales fueron cercados en una alqueria donde se habian hecho fuertes con su caudillo, y por condiciones de Moreno se rindieron á discrecion, pero Torrijos y los suyos fueron víctimas de su generosa credulidad, porque el día 11 del espresado mes de diciembre fué pasado por las armas en Málaga, con cuyo desgraciado acontecimiento terminó el año de 1851. El día 50 de enero de 1852 se aumentó la descendencia de nuestros soberanos, con el nacimiento de la infanta doña Maria Luisa Fernanda. Las quiméricas esperanzas de don Carlos, iban cada día adquiriendo mayor robustez, puesto que el cielo no consentia en destruirselas concediendo á nuestros reyes un varon. El afecto que en otra época se habian profesado don Carlos y Fernando se entibió sobre manera, y no era difícil adivinar un estrechísimo rompimiento entre ambas familias, pues la regia morada de nuestra jóven heredera se habia convertido en un centro de odio y de falsedad irreconciliables. Encontrábase á la sazón la salud de Fernando bastante quebrantada por los frecuentes ataques de gota, que padecia, tanto que en setiembre de 1852, hallándose en el real sitio de San Ildefonso experimentó uno tan violento que le condujo casi á las puertas del sepulcro, dándole algunos facultativos por muerto. En los pri-

meros instantes de turbacion se despacharon correos, participando la triste nueva, y el embajador de Francia, dando crédito á tan fatal noticia, la puso en conocimiento de su corte, lo cual produjo una gran sorpresa, y con especialidad en el ánimo de nuestros representantes, á quienes fué transmitida; pero á fuerza de prolijos cuidados se logró poner al monarca fuera de peligro. Cortesanos hubo entonces que sin respeto alguno abusaron de la triste posicion de Fernando con exigencias que facilitaban la realizacion de sus proyectos. Estos eran los partidarios de don Carlos, que á fin de destituir á nuestra reina de la sucesion al trono, trabajaban incesantemente para que revocase la pragmática de Carlos IV: los adictos á Isabel tampoco se descuidaban en buscar los medios de burlar las pretensiones de sus adversarios. Antonini enviado en nuestra corte de las dos Sicilias, valido del gran favor que gozaba con Maria Cristina, y decidido á trabajar en pró de los parciales de don Carlos, se presentó á aquella princesa y supuso un interés muy grande en favor de la nacion española, pintando con los mas negros colores las tristes escenas de desolacion que se preparaban; con lo cual logró mover el corazón de Cristina, y esta corrió al lecho de su moribundo esposo y tiernamente le aconsejó que anulase la pragmática de Carlos IV, haciendo de este modo descender á Isabel del trono que tan justamente le pertenecia. El rey consintió en ello y Calomarde estendió el acta de revocacion, y el monarca la firmó con la dificultad que era consiguiente en momentos tan angustiosos. Afortunadamente para los liberales, cuando Fernando se mejoró de sus dolencias conoció el abuso que habian hecho de su estado de postracion. La infanta doña Luisa Carlota que se hallaba en Sevilla, sabedora de las maquinaciones que se urdian, vino en posta á la Granja, y despues de haber reprendido á su hermana doña Maria Cristina por haber abandonado así los intereses de sus hijas, tuvo con los ministros una escena bastante acalorada á los cuales llamó pérfidos, inucos y traidores. Aconsejado de nuevo el rey por esta ilustre señora y penetrado aquel de su desacertado anuló lo hecho, y el partido liberal recobró sus ya perdidas esperanzas. El día 1.º de octubre se vió planteado un nuevo ministerio: nombró Fernando á su esposa gobernadora del reino mientras durase su enfermedad: Calomarde fué desterrado á su pais y despues tuvo que emigrar á Francia, al saber que trataban de encarcerarle, por resistirse á dar la minuta

del decreto de derogacion. Durante la interina administracion de Cristina se espidió un decreto de indulto; otro mandado abrir las universidades, el célebre de amnistia publicado en 15 del referido mes, y otras mejoras con que se señaló la infancia de la hija de Fernando. El 5 de noviembre se espidió un nuevo decreto mandando establecer la secretaria de Estado y del despacho del Fomento general del reino, cuya providencia anunciaba una reforma en la administracion de bastante gravedad. Sin embargo el plan de Cea Bermudez era totalmente irrealizable, no porque en si fuese absurdo y descabellado, sino porque indispensablemente tenia que luchar con un partido casi vencedor que le reprochaba como contrario á sus miras y deseos, de modo que las teorías de este ministro aumentaron la fiebre de todos aquellos que ya habian comenzado á sentir las consecuencias del mágico nombre de libertad. El rey hizo una solemne declaracion á los españoles de que habian abusado de su trastorno intelectual en los angustiosos instantes de su peligrosa enfermedad; en esta época fueron licenciados cuatrocientos guardias de Corps, quedando solo para el servicio un escuadrón compuesto de hombres adictos á la reina, y se crearon dos regimientos de caballeria é infanteria que se denominaron de la princesa Isabel, y cuyos oficiales eran casi todos liberales. Fernando mejorado un tanto de sus pasadas dolencias, volvió á encargarse del despacho de los negocios, y todas las corporaciones dieron al monarca sinceros y afectuosos parabienes por su restablecimiento. Aseguraron al rey que los revoltosos meditaban planes contra su persona y en favor de su hermano don Carlos, lo cual se vió poco mas tarde comprobado con el repentino alzamiento de Leon contra el gobierno, siendo el obispo Abarca el caudillo de esta sublevacion; mas una division que marchó contra los rebeldes restableció la calma, y el P. Abarca tuvo que refugiarse en un pais extranjero. La presencia del infante don Carlos en la corte era peligrosa, porque mantenía vivos los ánimos de sus adictos y se pensó seriamente en alejarle de ella, y el día 16 de marzo de 1853 salió don Carlos de Madrid acompañado de su familia, y el gobierno se creyó mas asegurado. La llegada del infante á Portugal escitó los mas vivos transportes de alegría, porque los portugueses volvian á ver á las hermanas de su rey. Los ministros entre tanto no estaban de acuerdo en la marcha que se seguia, opinando unos por un sistema imparcial y tolerante, y

otros queriendo ya penetrar desde luego por la senda de las reformas. Por este tiempo se convocaron cortes para la jura de Isabel como princesa de Asturias, llamada al trono segun la pragmática sancion de 29 de marzo de 1850. Se comunicó una orden al embajador español en Portugal para que en nombre del rey pidiese al infante su consentimiento de reconocer públicamente como princesa de Asturias á su amada sobrina, doña Maria Isabel y jurarle obediencia tan luego como las cortes se reunieran. Con efecto presentose al infante el embajador y le trasmitió las pretensiones de su monarca; pero don Carlos respondió que él mismo se entenderia directamente con su hermano sobre el asunto. Esto dió margen á una larga correspondencia entre los dos hermanos, en la cual don Carlos con estudiadas frases, no solo se negaba á reconocer á su sobrina por princesa de Asturias, sino que se manifestaba tenaz en querer permanecer en el vecino reino de Portugal, á pesar de las reiteradas amonestaciones de su hermano para que le abandonase. El 4 de abril se comunicaron órdenes mandando jurar á la infanta doña Maria Isabel como princesa de Asturias: el día señalado para este acto tan solemne fué el 20 de junio, en el que forzosamente debian encontrarse en la corte los diputados nombrados por sus respectivas provincias para prestar en su nombre el juramento; llegó por fin el anhelado instante en que debia verificarse la jura, y el júbilo y el contento cundió por todas partes, acudiendo á Madrid gran concurso de forasteros para presenciar la celebracion de un acto que no suele verse con frecuencia. Efectuóse la jura en la iglesia del monasterio de San Gerónimo del Prado en medio de la mas brillante ostentacion. El arzobispo de Toledo, don Pedro Iguanzo, rehusó asistir á esta solemnidad, á la que debia concurrir por obligacion, porque, segun los antiguos usos de la monarquia, en manos de esta dignidad como privada de la iglesia española, tenian que prestar el juramento los principes y demas grandes del reino. Muchos individuos del alto clero imitaron al arzobispo, cuya conducta revelaba tácitamente una protesta y un acto de rebeldia contra la legitimidad de la asamblea. Vino despues el año de 1854 tan fecundo de males para la pobre España, siendo el cólera-morbo precursor de todas nuestras desdichas: apenas invadió el reino de Portugal, se presentó en España haciendo considerables estragos, contagiándose la península entera á pesar de las precauciones que para impedirlo se

tomaron. A este desastre siguió otro no menos fatal. El día 29 de setiembre, á las tres menos cuarto de la tarde quedó huérfana de padre la sucesora del trono: el monarca fué acometido de un accidente de apoplejia tan fulminante que espiró á los pocos minutos. La capital de la monarquia quedó consternada al saber tan funesta nueva. Despues de practicadas las diligencias que mas urgian en momentos tan angustiosos, se abrió el testamento del difunto rey otorgado en Aranjuez el 12 de junio de 1850 ante el ministro y notario mayor del reino Calomarde, cuyas cláusulas conocea el público demasiado. Nuestra jóven princesa quedó declarada reina de España; pero su madre doña Maria Cristina, apoyada en las cláusulas del testamento de su marido, empuñó el cetro en nombre de su hija. La inocente heredera solo contaba por este tiempo tres años no cumplidos, y bajo su minoria ocurrieron los sucesos que vamos á referir con la mayor concision. Cuando don Carlos supo el fallecimiento del rey, protestó contra las últimas disposiciones de la regente y esparció proclamas al ejército y al pueblo preparando una guerra civil larga y desastrosa. Varios puntos de la Península dieron el grito de insurreccion á consecuencia de este documento subersivo, pero á fin de sofocar semejantes planes de rebeldia se pusieron en movimiento todas las tropas de la reina existentes en las cercanias de los puntos insurreccionados, y el general Lorenzo obtuvo varias victorias contra las filas carlistas; pero el resentido Zumalacarregui se esforzaba en sostener la causa de don Carlos con imponderable actividad y en poco tiempo logró reunir un ejército numeroso y disciplinado que en adelante pudo hacer frente á las tropas de la reina que trabajaban en su exterminio. El 25 de octubre de 1855 se proclamaba en Madrid reina á doña Isabel II con las formalidades y ceremonias de costumbre, cuyo acto se celebró tambien en las principales capitales de la monarquia y en todas se vió patente que la inocente Isabel encontraba entre los españoles la mayor simpatia; pero los realistas eran los que veian con ojeriza y descontento este suntuoso ceremonial. Publicóse el decreto del desarme general de los realistas, y esto aumentó las filas de los partidarios de don Carlos, apesar de las frecuentes derrotas que experimentaban. Francia, Inglaterra y Portugal, se unieron desde luego para apoyar la causa de nuestra reina, pero las potencias del Norte no quisieron reconocer á nuestro gobierno. La situacion de España por este tiempo era harto des-

graciada, viéndose dos partidos opuestos en principios: el uno absolutista y el otro liberal. Semejante contraposicion de principios no podia menos que producir los funestos resultados que por desgracia ocurrieron entre los dos bandos. En 15 de febrero de 1854 se espidió el decreto que prescribia la formacion de una milicia urbana, cuya creacion se limitaba á las poblaciones donde se contasen mas de 700 vecinos, pues como el estado de la guerra civil se presentaba cada dia menos lisonjero á los ojos de los españoles, se hacia indispensable la estraccion de tropas del ejército para combatir la faccion, y la milicia urbana fué un auxilio muy poderoso para el gobierno en las capitales del reino. El general Valdes encargado entonces del mando de las tropas de las provincias del Norte, con el objeto de exterminar la faccion, empleó medios bastante rigurosos; pero los sucesos posteriores demostraron el desacierto de semejantes medidas. El día 10 de abril del espresado año se firmó en Aranjuez el Estatuto real que no satisfizo á muchos, y de aquí dimanaron quejas y severas convenciones contra el mismo que le habia formado; el 22 de este mes quedó tambien terminado el pacto que se llamó «Tratado de la cuadruple alianza», cuyo convenio alentó á los liberales, que con la proteccion de las naciones extranjeras creyeron ver finalizada nuestra sangrienta lucha. Don Carlos apesar de la incesante persecucion del general Rodil, pudo escaparse; ya que no para entrar en España como queria, á lo menos para marchar á Inglaterra, desde cuya nacion consiguió fugarse y penetrar en las provincias vascongadas, donde fué recibido con entusiasmo por sus partidarios, y la faccion creció como era de esperar con semejante suceso. Presentábase á la sazón en España el cuadro mas funesto y asolador: el cólera morbo despues de haber recorrido la mayor parte de las provincias del reino, penetró en la capital de la monarquia; pero de tal suerte se desarrolló que todos pensaron que Madrid iba á convertirse en un desierto. Hubo tambien quien, no contento con los desastres que ocurrían, quiso abusar del terrible azote de la epidemia. Hizose creer al pueblo que los estragos y mortandad que ocurrían eran efecto de un veneno activo que los frailes habian arrojado á las fuentes, y esta fatal invencion produjo los horribos sucesos del 17 de julio. El día 24 del mismo mes se verificó la reunion de cortes generales del reino, cuya apertura se celebró en medio del mas suntuoso ceremonial. Rodil, Córdoba y